

agrega el poeta, pronunciar palabras tales, amor, caridad, moral, en este conflicto de ásperos egosismos; no andaba extraviado, sin embargo, Lloyd George, cuando las pronunciaba en plena asamblea internacional.

Repugna a Zorrilla de San Martín inclinarse ante la fuerza, aunque sea la de una mayoría. La ausencia de autoridad espiritual fué el vacío que sintieron muchos moralistas y pensadores del siglo XIX ante el avance triunfal de la democracia. Sólo un falso, bastardo concepto de la democracia pudo proclamar la ley del número como suprema y única ley. «No me gustan los templos sin más dios que la muchedumbre», leo en alguna página de *La Epopeya de Artigas*. La verdadera soberanía debe ser también una autoridad espiritual, fuente de una jerarquía constituida conforme a un orden moral, justo y benéfico. Del mismo modo, la autoridad internacional, en la Sociedad de las Naciones, no ha de dimanar sólo de una liga de vencedores. En torno a estas ideas centrales desenvuelve Zorrilla de San Martín las disertaciones de su libro.

Las más hermosas páginas son, sin duda, las que componen el capítulo inicial, *El alma de las cosas*. En ellas dice el encanto de su patrimonio familiar. En la Punta de Carretas, casi al borde del mar, en un recodo de la rambla costanera, junto a un faro enclavado en las rocas, posee Zorrilla de San Martín una casa. Los motivos íntimos de amar esa su casa, no suntuosa, ni rica, pero hecha por los suyos y para los suyos, techo de los hijos sustentado en los restos de la derruida casona de los abuelos, surgen de esas preciosas páginas, que contienen algunas acuarelas montevideanas, de claras tonalidades, y son de las más diáfanas y bellas que Zorrilla de San Martín haya escrito. La idea de patria, el concepto de patria, es como la prolongación y el natural ensanchamiento de la idea y el concepto del hogar doméstico, regida como está por una ley moral. Es la tierra de los padres, consagrada por sus reliquias; es el solar de la estirpe futura. Nuestro ensueño de perennidad se satisface así, dilatándose entre la doble lontananza infinita, como de mar y cielo, de la esperanza y el recuerdo. El capítulo preliminar, en que Zorrilla de San Martín muestra, en imágenes poéticas, su sentimiento de patria, es inspiradísimo.

Viene luego la apología de las patrias chicas, el elogio de las colinas melodiosas y suaves de la suya. Primero el poeta deja florecer en imágenes «las razones del corazón»; luego la razón razonante se apodera del tema

y lo extiende y desenvuelve. Confieso que muchas de estas páginas segundas ni me convencen, ni me gustan sino fragmentariamente. Constituyen la parte más endeble del libro: una armazón dialéctica, a veces artificiosa y frágil, compuesta para proteger un sueño del sentimiento. ¿Por qué ha de ser Bélgica, la bilingüe Bélgica, por ser pequeña, el tipo más perfecto de unidad nacional? La encina gala tiende múltiples y robustos brazos; pero su tronco es recio y duro como una piedra y sus raíces se hincan hasta largas profundidades en el subsuelo histórico. Suiza, patria pequeña, como Bélgica, infinitamente simpática, no es una unidad nacional más consistente que Italia o Alemania. Noto también la falta de sólida información de algunos capítulos. Así el que se titula *Signo de vida y de paz*; una disertación sobre Rusia, el nacionalismo de Ucrania y su poeta Taras Screwerenko, a quien, sin conocimiento directo, reconoce como el verbo musical de esa nación; refleja en este capítulo conceptos de Carlyle, muy dudosos por lo menos. Carlyle es uno de los maestros predilectos de Zorrilla de San Martín y alguna de sus frases ha quedado ahí incrustada íntegra entre la prosa de este capítulo. Estas disertaciones, por lo demás, demasiado alejadas de otros temas del libro, permanecen como reliquias de la obra más vasta de la que ha sido desprendido.

He leído, pues, con el afecto que merece al poeta, que dice su anhelo del predominio de la ley moral en la sociedad de los hombres y en la más vasta de los pueblos, que predica «la depuración evangélica» del sentimiento del patriotismo, que invoca al espíritu para que descienda a desvanecer y atenuar en la frente de la humanidad las salpicaduras del fango primitivo.

El ejemplar del libro que llega a mis manos es portador de palabras de dedicatoria que desean para mí y para los míos el don de la paz, *donum pacis*, y la alegría interior. Los dones excelsos de la paz y del contentamiento espiritual, diré respondiendo a esta salutación, seanle concedidos durante largos años al poeta, honor de mi tierra uruguaya, a la que su obra enaltece; seanle concedidos largos años para ver en paz florecer y fructificar en el solar paterno sus pensamientos y sus palabras, como quien en el sosiego del patio familiar bañado de sol ve jugar y crecer los hijos que han de perpetuar su nombre sobre la tierra.

GUSTAVO GALLINAL.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Camoens, estudiante en Coimbra...

(Viene de la página 344).

Con la reforma de D. Juan III la Universidad alcanzó un momento de esplendor, contándose entre sus maestros, además de ilustres extranjeros, los más eminentes portugueses, entre ellos André de Gouveia, que el monarca hiciera venir de Francia, en donde Gouveia fuera uno de los más célebres profesores de Europa—«le plus grand principal de France»—y en donde tuviera discípulos como Rabelais y Montaigne. El esplendor de las humanidades, que D. Juan parecía querer desenvolver sinceramente, era, sin embargo, incompatible con el esplendor de los autos de fe, que él encendiera también; y todo ese brillo se extinguió de prisa, porque en esta época la nación decaía ya rápidamente. Después del reinado del rajah manuelino, deslumbrado de gemas orientales, embriagado de aromas de conquista, se entrara en la época siniestra de la vida portuguesa, y la patria se sumía en la sombra. Se estaba ya lejos de esa admirable era del

Cuatrocientos, durante la cual Portugal es tan portugués, y cuya imagen, al mismo tiempo fuerte y gentil, consciente y osada, quedó viviendo en los paneles de San Vicente, pintados por Nuno Goncalves en honor de los hombres más representativos de nuestra raza, de los más bellos portugueses de nuestra historia, cuyos retratos es necesario de vez en cuando ir a admirar al Museo de Arte Antiguo de Lisboa, para, junto a esos antepasados, cobrar el ánimo que nos falta en unión de tantos de sus descendientes actuales.

Mas, llegado a Coimbra, comenzó a ejercerse en Camoens la influencia de su tío el monje D. Bento, que, en su calidad de prior general de Santa Cruz, desempeñaba el alto cargo de Cancelario de la Universidad; y esa influencia fué, por cierto, de las más decisivas en la educación y en el futuro del poeta. La faz del espíritu de D. Bento que más nos interesa es aquella que nos lo muestra como un espíritu cultísimo y sensible, capaz de adivinar, desde luego, el genio de su joven sobrino, cuya precocidad debía de ser simpática al ilustre monje, y cuyo caballeresco valor nosotros podemos valorar sabiendo que Luis